

PALABRAS DEL DOCTOR IGNACIO CHAVEZ

Con motivo de la Inauguración de los Cursos para la formación de profesores universitarios, el 20 de abril del año corriente, el Sr. Dr. Ignacio Chávez, Rector de la U.N.A.M., pronunció este elocuente discurso, que ahora reproducimos:

“Es posible, señores, que metidos como estamos en el remolino de los acontecimientos, más de uno de los presentes se formule la pregunta de cuál es el significado de esta reunión. A ella asisten unos 200 jóvenes becarios, la mayor parte graduados en Ciencias, en Humanidades, o bien en ramas profesionales, como la Medicina, el Derecho o la Química. Junto a los graduados hay un buen número de pasantes de sus carreras, todos ellos enrolados en un programa ambicioso en que se ha lanzado la Universidad, el de la formación intensiva y en masa de profesores de carrera para sus diversas Escuelas y Facultades.

El verdadero alcance de este acontecimiento se apreciará con toda claridad mañana. Si no sobrestimo los hechos, podría afirmar que ésta será una jornada histórica en nuestra Casa. De ustedes, jóvenes catedráticos en ciernes, depende que lo sea. Son ustedes la avanzada de un grupo inmenso que va a lanzarse por los caminos del magisterio universitario. Al grupo suyo seguirá otro, que empezará su preparación el mes próximo y que estará destinado a ocupar cátedras en las Escuelas y Facultades de la Universidad. Juntos ambos grupos, queremos alcanzar este año la cifra de 500 profesores en formación. Después, para el año próximo, formaremos grupos similares, y así sucesivamente, a lo largo de seis años, hasta alcanzar la cifra de 2,000 ó 3,000 catedráticos de nivel universitario.

Todos los inscritos en este programa iniciarán una formación intensiva, que va de uno a dos años para los profesores de la Preparatoria y de dos a tres años para los de Escuelas profesionales o Facultades superiores. Todos recibirán una beca de la Universidad, que les permita consagrarse al estudio, sin la necesidad de buscar un empleo o un trabajo remunerado. Y todos, al terminar, una vez satisfechos los requisitos de nuestra ley, podrán incorporarse a la enseñanza, no como profesores ordinarios, de un grupo escolar aislado, sino como profesores de carrera, de tiempo completo o, cuando menos, de medio tiempo.

De este plan esperamos una transformación profunda, radical, de la enseñanza superior en México. Hasta hoy nuestras escuelas han vivido de la devoción a la Universidad y del desinterés del profesorado. En su gran mayoría los catedráticos se han formado solos, como autodidactos. Desgraciadamente, en su gran mayoría también, consagran a su cátedra sólo horas aisladas, que sustraen al ejercicio de su profesión. En su gran mayoría, por último, perciben sueldos que apenas son un símbolo y no un salario.

Es así como hemos ido acumulando a lo largo del tiempo, primero las centenas, después los millares de catedráticos que tenemos. No es de extrañar, entonces, que tengan la formación más disímbola. Entre ellos están, junto a los autodidactos soberbios, los que se formaron en el duro yunque de las especialidades, de las maestrías o de los doctorados. De unos y de otros han salido los que alcanzaron ya los planos de la excelencia, los que con su nombre y su prestigio aseguran el prestigio y el nombre de esta vieja Casa de Estudios. A su lado están los otros, los que no tuvieron ni el tiempo ni la ocasión para formarse en ese duro yunque de las preparaciones superiores. Son profesores que sufren, con más angustia aún, el esfuerzo tenaz de su autodidactismo, realizado a veces sin el tiempo necesario para el estudio, sin los elementos propicios para el avance o sin el estímulo que los proteja contra el desfallecimiento.

Ese ha sido, ése es, nuestro panorama docente. Necesitamos imperiosamente corregirlo. Por lo que toca a la Universidad actual, se comprende la imposibilidad de hacerlo en breve tiempo, dada su enorme magnitud. Eso va a requerir de un esfuerzo de muchos años. Pero sí podemos hacerlo, en forma radical, para los cursos futuros que

debamos abrir. Una gran ola de estudiantes se anuncia para los años próximos. Es para recibirlos y educarlos bien, para lo que estamos justamente formando estos centenares o, más bien, estos millares de nuevos catedráticos. Queremos que los nuevos maestros no se vean obligados al duro esfuerzo de la improvisación. Que no corran el riesgo de una formación superficial. Por eso vamos a formarlos intensamente, a asegurarles su reciedumbre académica, a la vez que su entrenamiento didáctico. Buscamos también que al terminar, ya no reserven para la Universidad sólo unas cuantas horas de enseñanza por semana, sino que entreguen a la docencia todo su tiempo o, cuando menos, la mitad de él. Si ello se logra, esperamos confiadamente que podrá arrancarse de cuajo en los próximos años, el error en que hemos vivido hasta hoy, de los sueldos simbólicos. Y que llegará el día en que el profesor reciba el salario justo, que a él le permita vivir y estudiar y superarse, y que a nosotros nos dé el derecho de exigirle, primero, la capacidad; después, la consagración, y siempre, un noble rendimiento en su trabajo.

Junto a este panorama de la docencia universitaria, hay que asomarse al de las necesidades nacionales. Apenas ayer, uno de nuestros ilustres investigadores, Premio Nacional de Ciencias, el doctor Guillermo Haro, dio el grito de alerta insistiendo en la enorme insuficiencia de técnicos de que sufre el país y en la necesidad imperiosa de impulsar la formación de los hombres de ciencia, sea investigadores, sea profesionales, que nos acaben de sacar de esta etapa de desarrollo precario en que vivimos.

Tiene razón. Nuestra producción de hombres de ciencia es insuficiente para cubrir las necesidades nacionales y más insuficiente aún si se piensa en el desarrollo futuro. Tal es otra de las grandes razones que inspiraron el programa a cuyo comienzo asistimos hoy. Un hombre puede adquirir el conocimiento científico en edad madura; pero el gusto por las ciencias, su atracción por ellas, su vocación para consagrarles lo mejor de su esfuerzo, eso es cosa que se adquiere temprano, en la adolescencia o en la juventud. Es en el ciclo secundario y preparatorio en donde deben impulsarse los estudios científicos y hacerlos amables y atractivos a los jóvenes que llegan. Es cierto que no podemos imponer a los alumnos la carrera que escojan; pero sí podemos encauzar su simpatía, su vocación y su capacidad para seguir el camino de las ciencias. Cuando esto se logre, la demanda aumentará por sí sola y el resultado será halagüeño. El país podrá cubrir sus necesidades presentes y las del futuro inmediato con sólo que nosotros impulsemos los estudios científicos en la enseñanza preparatoria.

Esto no quiere decir, por supuesto, que tal desarrollo deba ser con mengua del cultivo de las humanidades. Sería traicionarnos a nosotros mismos, en lo que tiene de más noble nuestra tradición latina. No; buscamos formar intelectuales equilibrados, con mentalidad científica, pero a la vez con cultura humanística.

Esta es, señores, la gran empresa en que nos hemos lanzado. Tiene todo el valor de un experimento educativo, no realizado igual en otras partes, que intenta renovar la enseñanza universitaria partiendo de lo alto, de los profesores mismos. No queremos, repito, improvisarlos. Nos espanta la idea de caer en la ficción. Será la suya una formación intensiva y extensiva, en que la cantidad no llegará a interferir con la calidad que buscamos.

A nosotros nos toca buscar para ustedes los mejores maestros de que la Universidad disponga y allegarles después todos los elementos. El resto les toca a ustedes. El estudio tesonero; la dura labor, diaria y sostenida; la vocación encendida en alto, como una llama; el ímpetu de la superación, alimentado por su orgullo de intelectuales, y el

reconocimiento de su insuficiencia presente, flor de humildad, propia de un espíritu universitario.

Todo plan ambicioso de ampliación o de reforma educativa tiene un poco de cruzada. La meta fija, obsesionante; la fe de iluminados que se requiere para alcanzarla, y un espíritu en que se mezclan el sacrificio y el desinterés. Por eso en nuestro programa caben el ímpetu y la mística de una cruzada. De ustedes, los que se han enrolado, de ustedes y de los grupos que los sigan va a depender el éxito o el fracaso.

La Universidad les entrega su confianza y les pide que su entusiasmo no falle. Cruzada y desgano son dos términos antitéticos y aun resulta el segundo un término monstruoso junto al primero. Que su meta no cambie, y que de todo este movimiento surja una nueva Universidad, remozada en su espíritu. Les deseo que mañana sean ustedes los artesanos de esa transformación, que México reclama imperiosamente”.